

“HASTA EL PUNTO DE OLVIDARME DE TODO LO QUE NO ERA LEER”: EMILIA SERRANO DE WILSON, AMÉRICA LATINA Y LOS ‘MODELOS DE MUNDO’

THE CARTOGRAPHY AS TEXT AND TOOL OF WORLD MODALIZATION

Beatriz Ferrús Antón

Universitat Autònoma de Barcelona

bferrus@gmail.com

Resumen

La obra americana de la baronesa de Wilson es un buen ejemplo para estudiar cómo en el siglo XIX se vive la "batalla" por los "modelos de mundo", fruto del encuentro entre las viejas representaciones de lo americano nacidas de las crónicas y aquellas nuevas producidas por la ideología criolla.

Este artículo trabaja las nociones de modelo mundo y modelización de la Crítica como sabotaje (Asensi) ejemplificadas sobre este corpus textual. El modo en que la mujer es representada en este contexto es también decisivo.

Abstract

The American work of Baroness Wilson it's a good example to study how in the XIX century the "battle" for the world models is lived, as a result of this meeting among the old representations of the American that arise from the chronicles and those new ones produced by the criolla ideology. This article works the notions of world model and modeling of the *critic as a sabotage* (Asensi) illustrated over this textual corpus. The way of the women is represented in this context it's also decisive.

Palabras clave: modelos de mundo, baronesa de Wilson, América Latina, feminismo.

Key words: world models, Baroness Wilson, Latin America, feminism.



“Los viajes de Colón, la *Historia de las Indias*, por el P. Las Casas, *La Araucana*, de Ercilla, y otras obras, fueron el origen de mi entusiasmo por América. Las escenas de la vida de los indios... las batallas, las heroicidades de españoles y de indígenas, la lucha tenaz y justa de los hijos *del Nuevo Mundo* contra los invasores, me enajenaron hasta el punto de olvidarme de todo lo que no era leer (Serrano, 1888: 12, el subrayado es mío). La lectura posee un poder transformador: “Un lector o lectora no se limita a “descodificar” un texto, sino que en el proceso de descodificación recibe la imagen del mundo análogo al que vive, y que es capaz de configurar o reconfigurar su subjetividad” (Asensi, 2013:237); así la joven Emilia quedará marcada por unos textos que, no sólo harán de los viajes a América Latina la vocación de su vida, sino que la invitarán a escribir como “lectora desobediente” que hace de la escritura un “acto de respuesta”, un intento de apoderarse para generar: “modelos de mundo”. La escritura y la lectura son un arma poderosa.

La noción de “modelo de mundo” resulta nuclear para *Crítica y sabotaje* (Asensi, 2011). Por eso, su autor desarrolla este aspecto en un trabajo posterior “Modelos de mundo y lectores/as desobedientes” (Asensi, 2013), como un concepto que retoma y debate la performatividad discursiva a la que tanta atención han prestado el feminismo y el poscolonialismo: “Se trata de una transformación que incita a pensar, hablar, o actuar de acuerdo con ese modelo de mundo. La reducción alegórica es el medio mediante el que el texto alcanza performativamente al sujeto afectado por el modelo de mundo de dicho texto. La clave de dicho texto reside precisamente en que el modelo de mundo no es el mundo, sino como hemos dicho unas líneas más arriba una versión del mundo determinada por una posición suturada del sujeto autor” (Asensi, 2013: 237).

Si hay una geografía que haya sido “imaginada”, modelizada, por la literatura, ésta es, sin duda, América Latina. El “drama cognitivo” (Todorov) que vive Colón al encontrarse ante un espacio imprevisto habla de un “modelo de mundo naturalizado” (Asensi, 2013), que revela su carácter construido al descubrir sus innumerables fallas. Del choque entre dos modelos de mundo nace un “Nuevo Mundo”, que vuelve a ser re-fundando en el siglo XIX: “El carácter empírico del mundo... no puede dejar de lado el hecho de que el mundo en sí mismo sea un modelo de mundo naturalizado, fosilizado como historia y tomado por mundo objetivo (Asensi, 2013: 237)

Mary Louise Pratt, en su ya clásico ensayo *Ojos imperiales* (1991), explica cómo a lo largo del siglo XIX la apertura de las fronteras continentales, fuertemente blindadas durante la etapa de la colonia española, supuso la llegada de grandes expediciones científicas como la de Alexander von Humbolt, dispuestas a nombrar de nuevo, a re-modelizar, la geografía americana. Los intereses neo-coloniales sobre América Latina promovieron la circulación de numerosos discursos en torno al continente; al tiempo que la ideología criolla que había impulsado los procesos de independencia necesitó consolidar su programa a través de una literatura que permitiera imaginar la patria.

De esta forma, en el contexto de las independencias de América Latina o del neo-colonialismo norteamericano, también inglés o francés, que sustituyó las fórmulas del imperialismo clásico, América fue tematizada y re-imaginada en abundantes textos literarios. La ficción sentimental (Véase, Sommer, 1994), los libros de viajes (Ferrús, 2011), los textos de educación, las historias y biografías etc. fueron algunos de los géneros literarios sobre los que se libró la “batalla discursiva” que permitiera “poseer” los “modelos de mundo”. ¿Pero como un texto transmite un modelo de mundo?

Aparece aquí otra noción fundamental para la crítica como sabotaje: el silogismo, en tanto mecanismo que media entre el sujeto que lee y el discurso. Pero hay más, porque para comprender el funcionamiento de este mecanismo es necesario reconstruir el polisistema de una época, su contexto histórico, la red de relaciones que media entre un texto y aquellos con los que se vincula en sincronía y diacronía.

El objetivo de este artículo es analizar el funcionamiento de los modelos de mundo en la que llamaremos “obra americana” de la baronesa de Wilson, para ello trataremos de reconstruir el polisistema que la acompaña, aunque de forma muy somera, dada la extensión de este artículo.

Emilia Serrano, escritora y viajera

La baronesa de Wilson perteneció a una generación de pioneras que, no sólo hicieron de la escritura un acto de reivindicación personal y profesional, sino que convirtieron el mundo en su objeto de estudio, rompiendo con el confinamiento de la mujer a la domesticidad y haciendo del viaje un modo de vida. Nacida en Granada, educada en



Francia y criada entre escritores e intelectuales románticos posee una biografía todavía cargada de misterios y de datos por confirmar.

No obstante, sí sabemos que decidió recorrer América en 1865, tras el fallecimiento de su esposo y de su hija, circunstancia que la sumió en una profunda depresión personal. Tras el primer contacto con el continente, volvería hasta cinco veces, por periodos extensos, cautivada por un espacio de exploración y aprendizaje, siempre leído, que se convertiría en objeto del grueso de su obra: “He vivido meses y años, siguiendo con febril entusiasmo las veredas, que sin duda recorrieron los primitivos pobladores del vastísimo territorio americano, intentando descorrer el denso velo de las remotas edades y reanudar las mágicas leyendas, las tradiciones de aquella superficie inmensa, tan imperfectamente conocida y que ofrece ancho campo a investigaciones siempre nuevas, siempre interesantes” (Serrano, 1910: 7).

Desde aquí, sorprende que la autora de *La ley del progreso* (1883), *Americanos célebres. Glorias del Nuevo Mundo* (1880), *América y sus mujeres* (1890), *América en el fin de siglo* (1897), *El mundo literario americano* (1903) y *Maravillas americanas* (1910), títulos que hemos escogido como muestra de su trabajo, haya sido hasta tiempos muy recientes prácticamente olvidada pese a que a su obra no sólo es ingente, sino múltiple en sus temas y enfoques, además de constituir una reivindicación explícita del papel de la mujer en la vida intelectual de la sociedad del fin de siglo.

Por esta razón, este artículo tratará de indagar en la “obra americana” de la baronesa de Wilson, ampliando nuestra primera aproximación a la autora y prestando especial atención a dos aspectos: a) el modo en que América Latina es “re-imaginada” durante el siglo XIX b) el lugar que las mujeres, como intelectuales o escritoras, ocupan en este contexto. La noción de “modelo de mundo” guiará nuestra reflexión, tal y como hemos avanzado. Sabemos que se trata de un corpus ingente, gestado en diferentes tiempos, pero esto lo convierte en propicio para observar avances y retrocesos, reescrituras y enmiendas, que hablan de una proliferación imaginaria que hace muy visible las posibilidades de lectura que aporta la metodología que propone Asensi.

No debemos de olvidar que la figura de Serrano de Wilson nos resulta útil, asimismo, por dos razones: la posición subalterna, fundamental en la crítica como sabotaje para ejercer la lectura, que ocupa como mujer y como escritora, pero también

como extranjera, vinculada a una mirada imperial de una metrópoli que ha dejado de existir como tal y con la que se relaciona desde una posición de “exterioridad” por su educación “francesa”.

Desde aquí, podemos reagrupar su obra en tres bloques que nos permiten su contextualización: 1) la historia y la biografía ante la ideología criolla 2) La tradición de la “maravilla” americana 3) la obra proto-feminista.

América Latina re-imaginada, historias y biografías

América Latina es la gran protagonista de la obra de Serrano de Wilson. El continente es retratado como un todo, que posee dos caracteres e historias dispares, la de los dos tiempos de un imperio, la de dos herencias. Desde aquí, nos encontramos con una pluralidad de textos que, sin perder su carácter “realista”, oscilan entre el ensayo histórico-político, el compendio biográfico o la compilación de tradiciones y leyendas:

“Quizás esta labor de la mente acusará carácter realista, si por realismo se entiende aquello de retratar personajes, describir sucesos aun latentes, trazar cuadros de costumbres y ocuparse de cosas no diluidas, ni pasadas por el tamiz de los años, ni por el severo fallo de la Historia... Todo en este libro es contemporáneo aunque el presente se enlace también, se eslabone, se identifique con el pasado de los pueblos que guardan ricos y extraños despojos de sus antiguas civilizaciones, la tradición de sus tribus indomables, y lo pintoresco, lo característico, lo grande de sus razas primitivas”. (Serrano de Wilson, 1897:10)

Como buena heredera del romanticismo, la baronesa de Wilson se maneja en esos géneros que, limítrofes con la historia o previos a ella, son parte indispensable de la misma. Durante la segunda mitad del XIX fueron muchos los “géneros misceláneos”, históricos o pseudo-históricos, que nacieron al albur de la prensa: biografías, semblanzas, miniaturas... poblaron los diarios latinoamericanos con el afán de generar “modelos de mundo” (nacionales o continentales), donde las figuras patrias ejercieran de referente; al tiempo que fueron numerosas las crónicas, las cartas o extractos de viajes que llegaron a la prensa, donde se lidió prioritariamente la “batalla” por los imaginarios latinoamericanos.

Jesús Manuel Zulueta explica cómo entre *La carta de Jamaica* (1815) de Simón Bolívar y *Nuestra América* (1891) de José Martí surgen multitud de aproximaciones diferentes al pasado colonial, puesto que:



“en la primera, el libertador detesta absolutamente dicho pasado. La perspectiva de Martí es más compleja; habla del pasado indígena, del español y del pasado inmediato. El pasado indígena contendría la esencia de lo americano alterada por la conquista española. Aquel pasado, según el cubano, tendría que ser recuperado. El pasado inmediato tiene el peligro de una nueva colonización encarnada por el expansionismo norteamericano. Sería la naturaleza mestiza lo que daría su verdadera identidad a América. Al contrario de estas ideas, el grupo de los civilizadores (Alberdi, Sarmiento...) se conciben como europeos nacidos en América, por eso rechazan lo indígena” (Zulueta, 2002: 37).

Por tanto, desde cada geografía, cada tiempo y cada ideología se generarían distintos “modelos de mundo”, muchas veces complementarios, otras contradictorios, pero todos cohabitando en el mismo siglo.

América en el fin de siglo es quizá el libro donde Emilia exhibe de forma más explícita su monumental conocimiento del continente y donde se vincula al extenso debate del que hablaba Zulueta. Dedicado “A los gobiernos americanos. Para el Nuevo Mundo, toda mi entusiasta admiración: mi cariño leal y perdurable, para sus hijos”, escribe un peculiar tratado histórico-político motivado por la admiración que le produce la gran *evolución* que las naciones latinoamericanas han tenido en pocos años: “El camino del progreso está abierto y desbrozado” (1897: 23, el subrayado es mío) y por la necesidad de subsanar un desconocimiento: “Ahora empieza Europa a conocer y a juzgar favorablemente a las naciones que se extienden por el inmenso territorio colombino, poblado en particular por la raza europea y en menor escala por la indígena y por la de origen africano” (1897:26). Su mirada no elude la diversidad cultural, la transculturación identitaria, sino que la esgrime como valor. El fin de la esclavitud, la re-consideración de los prejuicios contra la raza negra y la cultura afrodescendiente son apreciados como signos de ese “progreso” que es el *leit-motiv* de su obra.

No debemos de olvidar que en 1880 había escrito *La ley del progreso*, ensayo sobre educación que sometió a dictamen para que fuera lectura recomendada en las escuelas de Ecuador y donde presentaba la “educación del nuevo ciudadano” como el valor fundamental para completar la “el proceso de rápida evolución del continente”. Más tarde volveremos sobre esta obra.

Cabe recordar que uno de los ejes fundamentales de *América en...* tiene que ver con ese ciudadano nacido de las independencias, que se plantean como una



deriva hacia el “federalismo”, resultado de una lógica evolución de la historia que, en ningún caso, supone una ruptura de la “unidad hispana”: “guerra fratricida... el idioma, las costumbres y el propio origen hacen a los españoles americanos y a éstos, antes, ahora y siempre, robustos vástagos del tronco secular” (1897:27)... “La unión de España con todos los pueblos hispanoamericanos, la mancomunidad de intereses, si así puede expresarse la idea, el diplomático ascendiente sobre nacionalidades que, a pesar de cuanto se propale sienten por España ineludible afecto y hacen suyas sus glorias y tradiciones” (1897: 37)

Si no se puede renunciar al pasado indígena, tampoco a las “carabelas de recuerdo inmortal” (1897:18). Para Wilson, que es capaz de hacer una detallada crítica de la constitución de Guatemala, que conoce al dedillo los procesos militares de cualquiera de los países del continente, los nombres de sus intelectuales o que reproduce cartas particulares con importantes figuras políticas, existe una notable diferencia entre el imperialismo clásico español, parte constitutiva de la identidad del continente y el neoimperialismo británico, que posa su mirada mercantil, por ejemplo, sobre la Guayana venezolana y con el que será duramente crítica.

Americanos célebres. Glorias del Nuevo Mundo 1888 y El mundo literario americano. Escritores contemporáneos, semblanzas, poesías, apreciaciones, pinceladas, 1903 completan esta libro con una doble mirada. El primero de ellos está dedicado a figuras políticas, militares, ideólogos criollos o incluso al Inca Atahualpa que, a través de sus semblanzas, permiten a la autora trazar nuevos recorridos históricos: Simón Bolívar, Manuel Belgrano, Jorge Washington, Abraham Lincoln, Andrés Bello.

El segundo constituye una de las primeras antologías mixtas de la literatura americana, donde el “progreso” del continente se mide a partir de sus escritores (y escritoras), cuyas vidas y obras se reseñan, al tiempo que se recoge algún ejemplo de su poesía: “La literatura de este mundo singularísimo se ha hecho de día en día más característica y retrata su propia historia, los particulares rasgos de cada nacionalidad, las escenas de la sorprendente naturaleza, la vida del hogar, las tradiciones de sus tiempos primitivos y la sencillez de la vida patriarcal”. (1903:10). Sin literatura no existen imaginarios, la baronesa es muy consciente del poder de la lectura como arma generadora.



Nombres como José Mármol, Jorge Isaacs, Numa Pompilio Llona, entre otros, conviven con Juana Manuela Gorriti, Mercedes Belzú del Dorado, Soledad Acosta de Samper, Juana Borrero, Gertrudis Gómez de Avellaneda o Luisa Pérez de Zambrano, por poner como ejemplo el primero de los volúmenes.

De esta manera, el análisis atento de estos libros nos revelan que desde una voz “neutra”, puesto que no marca su condición mujer (o sólo en contadas ocasiones, sí lo hará en otras obras), la autora opina de política, economía, leyes, literatura o educación, demostrando un inmenso conocimiento que no se pone límites. Precisamente la presencia de ese “neutro”, al igual que la incorporación de numerosas autoras a *El mundo literario americano*, demuestra que Emilia Serrano apuesta por “normalizar” la presencia de la mujer en el mundo de las letras, siguiendo una estrategia distinta a la de otros de sus libros, donde el femenino se subraya como gesto político, como se verá más adelante.

Asimismo, la baronesa de Wilson, al igual que Eva Canel y otras viajeras españolas del periodo, hicieron de sus libros de viajes una reflexión sobre la “unión iberoamericana” o “unión de los pueblos de habla española”. Aunque la posición de la escritora granadina es mucho menos conservadora que la de otras de sus coetáneas, pues su educación cosmopolita —se había criado en Francia y conocía desde su juventud un buen número de culturas diversas— y la vivencia directa de muchos de los procesos de independencia, la prepararon para abordar la revisión de la relación España/Latinoamérica. La redefinición identitaria y la reinención ideológica derivadas de las independencias suponen un desafío para su narrativa, que abordará también de manera diversa en sus distintas obras.

Es decir, el corpus de Serrano de Wilson dialoga con dos modelos de mundo, sometidos a una tensión/distensión cargada de paradojas: a) el de la ideología criolla que, obligada a imaginar la patria, revisa la idea de “nuevo mundo” frente al discurso peninsular, sin olvidar otras posibles filiaciones con Europa; al tiempo que al necesitar de una unidad pancontinental frente a los nuevos empujes del neoimperialismo retoma un discurso de la colonialidad que deja la entrada al pasado hispánico común, eso sí atravesado de herencias e influencias dispares. b) el de la antigua metrópoli que escribe desde la nostalgia de la unidad perdida e insiste en su existencia como herencia ineludible, colándose por la fractura del discurso criollo. En uno y otro caso la masculinidad de la mirada imperial es irrenunciable.



El corpus de la baronesa de Wilson plantea una rescritura en el intersticio de ambas textualidades, la clave de su silogismo radica en el sustantivo “progreso”, pero también en la idea de totalidad, continuum, que asiste a su mirada sobre el continente. El Nuevo Mundo ha “progresado”, las independencias son su resultado, pero su motor ha sido la colonización. “Progreso” es un indecible, una bisagra, que parece oscilar entre mundo-criollo/pasado-colonial. Todos y cada uno de sus libros dibuja un mapa continental, de nombres y países, que esquivo la nacionalidad singular y potencia el todo. Si Emilia Serrano se muestra sensible a la identidad “transculturada” del continente, jamás sustituye la mirada continental por la nacional. Asimismo, al hacer entrar figuras del pasado indígena en su listado de nombres históricos sobresalientes, en igualdad de importancia a los “próceres de la patria”, pero también de mujeres destacadas, está planteando una alternativa a la mirada imperial trazada desde una masculinidad sin fisuras.

La “maravilla americana”

Un giro distinto, pero resultado de una misma cosmovisión, representa *Maravillas americanas* (1910), si en las obras anteriores el yo apenas estaba presente, el narrador devenía neutro, Emilia Serrano repite ahora la combinación de diario personal y libro de tradiciones, que tan buenos resultados había dado a otros escritores del periodo. Así el “yo” de la viajera, femenino, se convierte en el hilo conductor que guía al lector a través de México, Perú, Uruguay, Paraguay, Chile, Colombia etc., llegando incluso a Central Park. A lo largo de este recorrido no importa tanto el espacio que se visita, sino las historias que lo pueblan. El modelo costumbrista-romántico adquiere en la producción de la baronesa su propia fórmula.

Desde los ojos escrutadores del científico, el botánico, el etnólogo o biólogo, (Véase Pratt, 1997) se trata de escuchar los relatos legendarios y míticos que configuran la textura americana. Desde aquí, la escritora granadina convierte su libro en el espacio de la escucha. El objetivo de este texto es analizar, pues, cómo la materia legendario-mítica actúa, cómo desde su inserción en el mismo opera una re-imaginación ideológica del continente que funciona a la par del discurso científico, pero también del independentismo político, dotándolo de nuevos sentidos.



América Latina, como espacio de la magia y de la revelación, ha sido re-imaginada en sucesivos relatos que atraviesan su historia desde la misma fundación del referente —el paraíso de Colón o el mundo del Amadís de Bernal— hasta llegar a formulaciones más complejas en la obra de Alejo Carpentier o de Gabriel García Márquez. El término “maravilla” no resulta casual en la obra de la escritora granadina, pero si conecta con esta tradición de lectura, también es cierto que ella le añade una direccionalidad propia: la del romanticismo. La maravilla que se desprende de la arqueología americana no está tan alejada de la de la ruina española o inglesa. Si naturaleza y leyenda se encuentran: “Las ondas brillantadas que llegaban a romperse en franjas de espuma contra los cimientos del malecón, murmuraban tal vez leyendas desconocidas” (Serrano, 1910: 6), su vínculo tampoco es ajeno en la tradición romántica. De la misma manera, la naturaleza americana resulta sublime, como también lo es el Etna que se abre a los pies del Rene de Chateaubriand: “La admiración infinita, la sorpresa, la amargura de la pequeñez humana al compararla con lo gigantesco de la creación y, por último, el terror, el sobrecogimiento que domina al surcar en bote las ondas embravecidas” (Serrano, 1910: 179).

De esta manera, aunque es posible detectar un relato marco —donde Serrano se presenta como la viajera equipada con un maletín de estudio, que no duda en compararse con Humboldt, que muestra su asombro ante los países que descubre y las gentes que los pueblan, mientras traba amistad con muchos de sus compañeros de viaje—, éste acaba por tener el mero valor de un hilván que ayuda a sostener el verdadero sentido: la recopilación de historias que dan vida literaria al territorio que se visita.

Tres son los intertextos fundamentales del relato de Serrano: las crónicas, de las que se confiesa asidua lectora, los libros de los viajeros científicos —ella misma se compara con Humboldt—, y el romanticismo francés, que conoce de primera mano, ya que se educó con Lanmartine y Dumas, amigos de su familia, y cuyos textos traduce en diversas ocasiones. Sea como fuere, tomando uno u otro modelo, el efecto es el mismo: imaginar a América desde una exterioridad colonial o neocolonial, que la significa como “maravilla” o que anula su singularidad bajo el universalismo romántico. No obstante, el texto de Serrano está surcado de parábasis, aquellas que dan entrada a la realidad prehispánica, sea a través del mito o del resto arqueológico, revelando la

falacia del monologismo del relato, la complejidad identitaria del territorio visitado, pero también del yo.

Sorprende el contraste entre esta propuesta y *América en el fin de siglo*, pero también su singular complementariedad, que obedece a dos razones: el modo de entender los vínculos entre historia y leyenda del romanticismo mismo: “el papel de la leyenda es el de otorgar al paisaje una verdad que proviene del pasado, una carga poética que está ausente en la mera contemplación y que se sobrepone, mediante la evocación de otros tiempos, al prosaísmo científico del presente” (Cánovas, 2008: 16); pero también la dimensión poliédrica del objeto y su inmensa complejidad, así como la celeridad de los procesos de transformación geo-política que hacen

Es aquí donde Emilia Serrano conecta de forma más explícita con aquellas lecturas que la modelizaron en su juventud y en su infancia, pero si, a primera vista, podría pensarse que acepta su silogismo, una lectura atenta nos demuestra que lo desplaza: no sólo porque es una mujer la protagonista del viaje (a diferencia de la masculinidad única del relato cronístico), sino también porque “vacila” entre una arcaica mirada imperialista, imposible de desmontar del todo, y un compromiso con la diversidad y la diferencia del continente, que necesita de nuevas formas de gestión política, pero también de representación imaginaria, que no se ajustan al de la ideología criolla. Se produce, por tanto, un proceso semejante al de la obra histórica.

Las mujeres en la “moderna sociedad” americana

Si, como hemos visto, el siglo XIX escenificó esta triple coyuntura —marcada por la independencia nacional en América Latina, la descolonización de sus territorios, y su confrontación con los nuevos imperios, consolidados durante este periodo—también es cierto, tal y como afirma Mary Louise Pratt, que dio origen al nacimiento de un “pacto sociopolítico que se fue consolidando en Europa y las Américas” a través de la centuria, y cuyo resultado fue “una democratización de la política que se realizó a costa de una subordinación de la mujer” (Pratt, 2003: 31). La familia se convirtió en el centro de estabilidad de la cambiante sociedad americana, en el espacio de difusión y mantenimiento de los valores nacionales, y la mujer en su piedra de toque. Las redes familiares habrían de controlar el poder político después de la independencia.



Lemas como “Gobernar es poblar” apuntan a la función que la nación espera de la mujer: “El discurso oficial sobre el nacionalismo reclamaba la complicidad de las mujeres no sólo para poner en circulación una declaración programática sobre la raza sino también para establecer un nexo entre las políticas locales y los valores europeos” (Masiello, 1997: 14). El ideal colonial vuelve a reeditarse y la mujer se convierte en el eje del nuevo proyecto social: “A las mujeres las nuevas naciones les asignan la función de maternidad patriótica. Como madres, esposas y amas de casa se les pide que mantengan la cohesión y el honor de la familia y que encaminen a sus maridos y a sus hijos por la senda de la modernidad liberal y nacional” (Cano y Barrancos, 2006: 548).

El romanticismo favoreció este proceso al poner en relación los itinerarios de formación de una nueva subjetividad con la literatura de mujer, mientras se formaban otros paradigmas de diferenciación sexual. Frente a otras épocas, que pensaban a la mujer como una versión imperfecta del hombre, el romanticismo supo diferenciarla claramente del varón. Eso sí, relegándola al espacio del sentimiento, de la domesticidad y la maternidad. El aporte subjetivo del sentimentalismo se erigió como signo de cierta autoridad femenina, pero a cambio de un precio: la renuncia al deseo.

Desde aquí, no resulta extraño que la mayor parte de las “novelas fundacionales” de América Latina escenificaran las circunstancias de este contrato sexual y presentaran a sus protagonistas como “ángeles del hogar”, que habrían de unirse en casto matrimonio con esposos igualmente virtuosos. Como explica Doris Sommer, “la metáfora del matrimonio se desborda en metonimia de la consolidación nacional en el momento en que contemplaban sorprendidos cómo los matrimonios acortaron distancias regionales, económicas, regionales y partidistas durante los años de consolidación nacional” (Sommer, 2004: 35).

Como deriva de todo esto, la segunda mitad del XIX supuso un retroceso en relación a las medidas emancipatorias que las mujeres habían logrado a principios de siglo, ya que las nuevas ideologías de domesticidad y de higiene social imperantes convertirían el contrato sexual en “imagen y motor fundador de las naciones pos- y neo-coloniales” (Pratt, 2003: 33). La mujer —dueña del espacio doméstico y sujeto privilegiado del mundo de los sentidos— conseguiría legitimar un conocimiento que procedía de la introspección y no de la erudición, y accedería cada vez más a un número elevado de publicaciones diseñadas para ella (revistas, folletines, etcétera),



que incrementaban sus posibilidades de lectura. Sin embargo, pagaría a cambio un doble precio. En primer lugar, el confinamiento al modelo del “ángel del hogar”, que la obligaría a convertirse en censora del deseo, incluido el propio, en el marco del hogar, con el fin de lograr la armonía doméstica. Y en segundo, su exclusión del contrato social, puesto que no sería ciudadana (Pratt, 2003: 33-37). Ahora bien, la revista o el folletín “para mujeres” refuerza el imaginario del poder.

Por estas razones, “las poetas, fuera del contrato social (no son ciudadanas) y sexual (no son esposas), parecen hablar desde un lugar indefinido, un hincapié en los márgenes de la ciudad letrada, que hasta ahora todavía carece de nombre” (Pratt, 2003: 37).

La incursión de la mujer en la esfera pública altera las normas del contrato sexual. La viajera escenifica esta ruptura, pues pone en cuestión los límites entre los discursos y hace visible la arbitrariedad de categorías que se presentaban como naturales. Además, la viajera-escritora consigna un nuevo sistema de valores desde el que representar el mundo, desde el que armar un contra-discurso, pero también desde el que juzgar el conocimiento y el modo en que éste cobra vida en la escritura, aunque a cambio pague un precio, el de la barbarie: “Hacia el siglo XX, la mujer en la esfera pública estaba marcada por los impulsos inequívocos de la barbarie. Como ser marginal, ella estableció las fronteras entre inteligibilidad e irracionalidad; definió los límites entre la alta y la baja cultura, entre la élite y las respuestas populares y, por fin, permitió que los hombres establecieran la diferencia entre civilización y barbarie” (Masiello, 1997: 18).

En este contexto, Sara Mills se pregunta si las mujeres necesitan de diferentes herramientas para desplegar el discurso imperial, ya que la historia no sólo demuestra que el Imperio es una posición masculina, sino que a menudo la literatura de mujeres que ha buscado insertarse en este discurso, ha sido tachada de “individualista” y de “privada”, de iniciativa personal que debe excluirse del “orientalismo”, mientras es juzgada en relación a un concepto de Verdad, que tiende a tachar no sólo de sospechosa, sino de mentirosa, toda hazaña femenina, que represente un mínimo atentado contra la Ley. Refiriéndose a las viajeras que Mills estudia, ésta manifiesta “construyeron sus textos dentro de unos nexos de poder: el poder del patriarcado que actuaba sobre ellas, en tanto en cuanto como mujeres de la clase media, a través de los discursos de la femineidad; y el poder del colonialismo que también las influía a la

hora de relacionarse con las gentes de los países que describían en sus libros”. Para la investigadora, de la unión y conflicto derivados de este sistema binario de poder lo que determina “el estilo y contenido de la escritura de viajes de estas autoras” (Mills, 1991: 18, trad. mía)

No se trata de afirmar que la escritura de mujeres escapa a las determinaciones imperiales, pero sí demuestra una mayor heterogeneidad en sus itinerarios, algunos de los cuales adquieren una dura posición crítica en relación al discurso imperial.

Así, el “yo” de *Maravillas* ganará en carnalidad y presencia en *América y sus mujeres*, una curiosa variante de la literatura de viajes, donde si la vivencia individual del periplo adquiere mayor relevancia, ésta queda supeditada a una experiencia colectiva: la del plural “mujeres” del que se participa, pero siempre de manera auto-reflexiva. El texto insiste en el permanente desajuste entre el *deber ser mujer* y el *querer ser mujer*, descubriendo las trampas de la categoría “mujer”, tratando de promover su inestabilidad. Pero, además, al desequilibrar la tónica, muchas veces costumbrista, desde la que se imagina a la mujer americana, se genera un efecto desestabilizador, que acaba por exhibir el “orientalismo” desde el que occidente “inventa” América Latina. *América y sus mujeres* constituye una denuncia de cómo el Poder construye sujetos y subalternidades, de cómo genera relatos de identidad fuertes que deben volver a ser pensados.

Este libro es, asimismo, significativo, porque conecta con toda una tradición “cartográfica,” que otras muchas escritoras cultivarán en estos años; es decir se inserta en una genealogía de textos de diferente signo que trazan “mapas” del continente a partir de los nombres de sus escritoras, entre ellos el más famoso es “Las obreras del pensamiento en la América del Sur” de Clorinda Matto de Turner, aunque también un libro de viajes como *Lo que vi en Cuba* de Eva Canel o *Viaje de recreo* de la propia Matto hacen de la “visita” a otras escritoras, intelectuales o artistas, una razón para viajar, constatando las redes de apoyo transnacional entre profesionales. También a este corpus textual podrían sumarse las antologías, miniaturas y semblanzas de mujeres que, poco a poco, irán ganando espacio en la prensa escrita y en su posterior vida editorial en los textos misceláneos (Véase Ferrús, 2013).

América y sus mujeres se encuentra dedicado a la señora dona Jacinta de Crespo, venezolana:



“Amiga inolvidable y querida:

Por tu carácter, por tus virtudes, por tu acendrado patriotismo y por ser dignísima compañera de un hombre tan ilustre por su valor como por su honradez acrisolada y sus antecedentes políticos, representas, según mi opinión, á la mujer americana, ya amantísima esposa y madre y reina del hogar, ya varonil y enérgica, en luchas ó infortunios, en las grandiosas abnegaciones y en los sacrificios divinos y misericordias humanas, inspiradas en el deber ó en la caridad.” (Serrano de Wilson, 1890: s/n).

La elección de esta figura no es casual, pues se trata de quien fue dos veces primera dama de Venezuela y una de las mujeres con más participación política de su tiempo. La “madre de la patria” sostén del matrimonio criollo y garante de la educación de los hijos, será el modelo femenino por excelencia en la América de las independencias, ahora bien, éste permite diferentes lecturas, aquellas que sólo lo reeditan como una nueva versión del “ángel del hogar”, pero también las que lo dotan de valor intelectual y político. La “guerra por las imágenes” tendrá lugar en el escenario de la novela sentimental (Sommer, 2004), pero también en los textos ensayísticos, en la crónica, periodística o en las antologías.

De ahí que en *América en el fin de siglo*, uno de los textos donde la autora habla menos de la mujer, no deje de constatarse la presencia de este modelo y lo que éste reviste de participación pública; al tiempo que en *La ley del progreso* se dice que:

“Hoy la consideración de la mujer, es el cimiento de la dicha doméstica y marca el grado de civilización nacional: la madre es hoy la personificación más sublime de la mujer, precisamente lo que en remotas épocas constituía su dolor y su amargura: su individualidad nula en la sociedad y la vida doméstica es objeto ahora de ternura y veneración, llegando sólo a formar el corazón de sus hijos, sino su inteligencia.” (1883: 156-157).

Si bien es cierto que es el modelo de la “madre” aquel que Serrano cita, también lo es que éste se reescribe como figura “política”, con plena participación activa en el discurso social. No resulta casual que la autora detalle los numerosos centros que con fines educativos existen para la mujer en los Estados Unidos y que, progresivamente, se han ido extendiendo por Europa y América Latina. El futuro de la mujer pasa por su educación.

Asimismo, *América y sus mujeres* parte de una anécdota privada: la lectura que Emilia Serrano hace de las Crónicas de Indias en su infancia para, desde ahí, explicar cómo sus circunstancias personales la empujan a partir hacia el continente americano,



leído y soñado, que se recorre de punta a punta, mientras se comentan los encuentros con diferentes escritoras, muchas de ellas ya citadas en *El mundo literario americano*, o con sus textos; al tiempo que se recogen las anécdotas personales de una mujer que viaja “sola” o de historias sobre mujeres que oye contar en los diferentes países que visita.

Así, los grabados de Jacinta de Crespo, Juana Manuela Gorriti, Mercedes Cabello de Carbonera, Santa Rosa de Lima, Lastenia Larriva de Llona, Janequeo (araucana), Mercedes Marín del Solar, María del Carmen Alcalde de Cazotte, Soledad Acosta de Samper, Adela Mora Inhijambia (India azteca), Sor Juana Inés de la Cruz, Carmen Hornero Rubio de Díaz, Josefa Ortiz de Domínguez, Ángela Peralta y Marta Washington, que acompañan al texto dan cuenta del carácter de la nómina que la autora traza, donde se combinan nombres de mujeres importantes para la historia de América, con el de las escritoras contemporáneas más conocidas o el de otras hoy perdidas para la historiografía, pero citadas por Serrano como parte de su propia “red”.

También destaca la presencia de figuras indígenas, poseedoras de una sabiduría no letrada, pero igualmente trascendente para la genealogía de la mujer americana.

Desde aquí, podríamos delinear tres estrategias distintas en la obra de Serrano de Wilson, que permiten hablar de un proto-feminismo muy propio en las pioneras de la época: a) aquella que desde una firma femenina presenta un texto de temática histórico-política, acompañado de una “voz neutra”, que demuestra la plena capacidad de la autora para participar en cualquier debate de tú a tú con la intelectualidad americana, tal es el caso de *América en el fin de siglo* b) la que trata de re-construir una tradición específicamente femenina de escritoras e intelectuales, así como un mapa de las redes presentes, *América y sus mujeres* o las semblanzas de *Americanos célebres* c) la que utiliza la dimensión auto-biográfica de la autora: escritora profesional, viajera independiente, como muestra de un nuevo tipo de mujer, en *Maravillas Americanas*.

No por ello, Emilia Serrano renuncia a recurrir a los modelos desde los que el patriarcado dibuja a la mujer de su tiempo, podemos verlos, por ejemplo, en *La Ley del progreso*, algunas veces éstos son sutilmente desplazados, otras simplemente reafirmados. Ahora bien, no podemos dejar de recordar que la deconstrucción y el feminismo ya nos advirtieron de la imposibilidad de eludir los esencialismos; al tiempo

que hemos de contextualizar a la baronesa de Wilson en los años en que le tocó vivir, cargados de ambivalencias y paradojas, de avances y retrocesos en la lucha por los derechos de la mujer, todavía precaria e incipiente.

No obstante, es aquí desde donde mejor se aprecia la “fossilización” del “modelo de mundo naturalizado”, pues sólo si asumimos este rasgo podemos entender que alguien como Emilia Serrano, transgresora en su vida cotidiana, reproduzca en sus textos muchos de los ideales de un *deber ser mujer* que empieza a mostrarse caduco; al tiempo que en otros lo boicotee, promoviendo una sacudida en ese modelo de mundo fossilizado.

De nuevos modelos de mundo

Emilia Serrano aprende en sus lecturas, aquellas que le llevan a “olvidarse de todo lo que no era leer”, las coordenadas de un “Nuevo Mundo”, que es el de la mirada imperialista, atravesada por una inevitable masculinidad. Si este es el modelo de mundo fossilizado, que comienza con Cristóbal Colón y que se refuerza con los empujes neocoloniales del XIX, también es cierto que, bien desde algunas de las posiciones de los independentistas criollos, bien desde las impugnaciones del feminismo éste resultará saboteado, promovándose una circulación de modelos de mundo alternativos que si no logran un desplazamiento del imperante al menos lo desestabilizan.

La “obra americana” de la baronesa de Wilson de largo recorrido temporal escenifica a la perfección los avances y retrocesos de una batalla imaginaria que, dado su poder modelizador, es también política.

Referencias bibliográficas

- ASENSI, Manuel. (2011). *Crítica y sabotaje*. Barcelona: Anthropos.
- CÁNOVAS, Germán. (2008). El marco narrativo en las leyendas de Víctor Balaguer. En Montserrat Amores (Ed.), *Estudios del cuento español del siglo XIX* (pp. 75-90). Madrid: Editorial Academia del Hispanismo.



- FERRÚS, Beatriz. (2011). *Mujer y literatura de viajes en el siglo XIX, entre España y las Américas*. Valencia: PUV-Biblioteca Javier Coy.
- FERRÚS, Beatriz. (2013). Los libros misceláneos y la emergencia de la escritora profesional. Castilla: *Estudios de Literatura*.
- BUSTAMANTE, Fernanda y FERRÚS, Beatriz (Coord.)(2015). *Miradas cruzadas: Escritoras, artistas e imaginarios (España-EEUU, 1830-1930)*. Valencia: PUV-Biblioteca Javier Coy.
- MILLS, Sara. (1991). *Discourses of Difference. An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*. London: Routledge.
- PRATT, Mary Louise. (1994): "Género y ciudadanía: las mujeres en el diálogo con la nación" en Beatriz Stephan González, Javier Lasarte, Graciela Montaldo, y María Julia Daroqui (Coords.), *Esplendores y miserias del siglo XIX* (pp. 261-276). Caracas, Monte Ávila.
- PRATT, Mary Louise. (1997). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- SOMMER, Doris (2004). *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Colombia: FCE.

Fecha de recepción: 30 de septiembre de 2015. Fecha de aceptación: 4 de diciembre de 2015.